

El juego de la consciencia

Swami Muktananda y Siddha Yoga

En el transcurso de los años, mi mujer Christina y yo hemos experimentado sincronicidades extraordinarias, tanto en nuestro trabajo como personalmente. A veces eran episodios aislados, en otros casos ocurrían en secuencias completas o en grupos. Hubo un período particular, que duró ocho años, en el que advertimos un consistente número de sincronicidades: fue cuando frecuentamos a Swami Muktananda, guía espiritual y jefe de la antigua estirpe del Siddha Yoga. En 1975, cuando encontré a Christina en Big Sur y empecé a trabajar y a vivir con ella, era una estudiante y una apasionada seguidora de Swami Muktananda: lo había encontrado en Honolulu en ocasión de su primera gira alrededor del mundo. Estaba acompañado por Ram Dass, profesor de psicología en Harvard e investigador psíquico que se había dedicado a la enseñanza y a la búsqueda espiritual.

En aquella época, Christina estaba atravesando un momento de poderoso despertar de la Kundalini. Empezó durante el parto de su primer hijo, Nathaniel, y se había intensificado dos años después, con el parto de su hija Sarah. Según la tradición yoga, la Kundalini, llamada también «Poder de la Serpiente», es la energía cósmica generadora de naturaleza femenina, responsable de la creación del universo. Está representada como un cuerpo sutil o energético, que invade y penetra, pero que también rodea, el cuerpo físico del hombre. En su forma latente, reside en el área del sacro, en la base de la espina dorsal. El término Kundalini, literalmente, significa «enroscada», puesto que la energía Kundalini se representa habitualmente como una serpiente enroscada tres veces y media alrededor del lingam, el símbolo del poder generador masculino. Esta energía durmiente puede ser activada por la meditación, ejercicios específicos, la intervención de un maestro espiritual (guru) o motivos desconocidos.

La Kundalini activada (shakti) sube a través de los nadis, los canales del cuerpo sutil. En su subida, libera de las huellas traumáticas y abre los chakra, centros de la psique y de la energía espiritual. El despertar de la Kundalini lleva así a la curación, a la apertura espiritual y a una transformación positiva de la personalidad. Este proceso, aunque se tenga en gran consideración y se considere benéfico en la tradición yoga, no está exento de peligros y requiere de la guía de un guru cuya Kundalini esté completamente despierta y estabilizada. Las señales más dramáticas del despertar de la Kundalini inducen manifestaciones físicas y psicológicas, llamadas kriya, que suponen intensas sensaciones de energía y de calor que recorren, empezando por abajo, la espina dorsal y pueden ser asociadas a violentos temblores, espasmos y contorsiones.

Poderosas oleadas de emociones, aparentemente inmotivadas, como ansiedad, rabia, tristeza, o bien gozo y éxtasis extático pueden aflorar y dominar temporalmente la psique. Éstas pueden ir acompañadas por visiones de luces brillantes o entidades arquetípicas y una variedad de sonidos percibidos interiormente. Muchas personas involucradas en este proceso a menudo viven también fuertes experiencias que parecen ser recuerdos de vidas anteriores. Completan el cuadro comportamientos involuntarios a menudo incontrolables: hablar idiomas extranjeros, cantar canciones desconocidas o invocaciones sagradas (mantra), adoptar posturas (asana) y gestos (mudra) de yoga, así como hacer movimientos y emitir sonidos de animales.

Swami Muktananda era considerado un maestro perfecto, un experto yogui de Kundalini, capaz de despertar en sus discípulos la energía espiritual. Christina se había enterado por amigos de su presencia en Hawái y decidió asistir a un «retiro intensivo», que era como Muktananda llamaba los fines de semana que ofrecía. En este retiro, durante una meditación, Christina recibió de él el shaktipat, o sea, la transferencia de la energía espiritual del guru por medio del toque, la mirada o, simplemente, el pensamiento. Para Christina, esta poderosa transferencia de energía ocurrió cuando Muktananda la miró y sus ojos se encontraron. En ese momento experimentó el centelleo de un rayo que emanaba de los ojos del guru y la golpeaba en el punto ubicado en medio de sus ojos, el lugar donde las tradiciones espirituales colocan el «tercer ojo». Esto le provocó kriya intensas, oleadas arrolladoras de emociones y temblores.

La experiencia con Muktananda intensificó enormemente el proceso de despertar de la Kundalini en Christina, que ya estaba muy adelantado antes de que ella lo encontrara. Éste fue el principio de su importante relación con este Siddha yogi que duró hasta 1982, cuando él murió a la edad de 74 años. Tras el retiro de fin de semana, Christina ofreció a los devotos de Muktananda su pequeño apartamento de Honolulu, donde, tras el divorcio, vivía con sus hijos Than y Sarah. Muktananda aceptó el ofrecimiento, visitó el apartamento y lo bendijo como centro de meditación Siddha Yoga. Después de la separación de su marido y su salida de Hawái, Christina buscó cualquier ocasión para tener contactos con el maestro.

Christina y yo acabábamos de empezar a vivir juntos en Esalen, cuando Swami Muktananda llegó a la Bay Area para pasar algunos meses en Oakland, cerca de San Francisco. Y puesto que Oakland dista sólo tres horas de Big Sur, Christina aprovechó la ocasión para arreglar una entrevista personal para nosotros dos, un *darshan* con su maestro espiritual. Como descubrí más tarde, no estaba segura de que Swami Muktananda aprobara nuestra relación y quería saberlo. Ciertamente podía entender sus preocupaciones. Considerando que yo era un «hedonista trascendental», como a menudo yo mismo me describía en broma, no satisfacía exactamente los parámetros indios de un austero maestro espiritual. No era vegetariano, me gustaba el sexo y era conocido por mi trabajo con LSD y otras sustancias psiquedélicas.

Había oído hablar de Swami Muktananda antes de encontrar a Christina y había tenido la ocasión de ojear el manuscrito de una biografía suya titulada *Guru*,

que luego se convirtió en *The Play of Consciousness*. No estaba particularmente deseoso de conducir hasta Oakland para verlo, puesto que con respecto a él tenía sentimientos divididos. Dos de mis amigos se habían convertido al Siddha Yoga y mostraban la que yo consideraba una devoción ciega y apasionada por Muktananda, y esto no representaba a mis ojos la mejor publicidad para él. Después de haber estado en un retiro intensivo dirigido por Muktananda, su comportamiento había cambiado radicalmente y la cosa había provocado desbarajuste en Esalen. En lugar de hablar del tema que había prometido tratar según el programa de Esalen, habían traído a sus seminarios címbalos y pequeños tambores y trataban de involucrar a los participantes en el canto de *Shree Guru Gita*, *Om Namah Shivaya*, *arathi* y otras oraciones hindúes.

El yoga religioso nunca había sido mi práctica espiritual favorita. Según la antigua tradición india, las distintas personalidades necesitan y buscan clases diferentes de yoga.

Mientras que las preferencias de Christinas se decantaban sin duda por el Bhakti Yoga, un enfoque que otorga relieve a la devoción al guru, yo sentía más afinidad por el Jana Yoga, una estrategia espiritual que empuja el intelecto hacia sus límites más extremos, donde es obligado a rendirse. También me sentía en sintonía con el Raja Yoga, sistema que se concentra sobre el componente psicológico y la experiencia directa de lo divino. Podía aceptar fácilmente el Karma Yoga, el yoga del trabajo, del servicio que acumula méritos kármicos, pero el Bhakti Yoga, en mi escala de valores, estaba a un nivel más bien bajo...

Sin embargo, puesto que soy curioso por naturaleza, mis reservas sobre las prácticas devocionales no prevalecían sobre mi interés en ver a un guru del Siddha Yoga que gozaba de tan gran reputación como era Muktananda. Sabía, además, que este darshan era muy importante para Christina. Mientras viajábamos hacia la Bay Area, Christina no paraba de contarme historias extraordinarias sobre su maestro espiritual para prepararme para la entrevista. Ya que no conocíamos el camino, habíamos sobreestimado el tiempo que tendríamos que emplear para llegar a Oakland desde Big Sur, por lo que llegamos al ashram unos veinte minutos antes de la hora de la entrevista.

Mientras estábamos sentados en el coche en espera del darshan, seguimos hablando de Swami Muktananda: en un momento dado, Christina aludió al hecho de que era un Shivaita, o sea, un seguidor de Shiva. Esto atrajo mi atención y acrecentó mi interés con respecto a él. Sabía que, entre los métodos utilizados por los Shivaiti para llegar a estados no ordinarios de conciencia, estaba la ingestión de *bhang* y de semillas de datura. Al mismo tiempo consideraba a Shiva como mi arquetipo más importante, puesto que las dos experiencias más poderosas y significativas que había tenido en el transcurso de sesiones psiquedélicas habían involucrado a esa divinidad india. Mientras esperábamos, se las expliqué a Christina.

Mi primer encuentro con Shiva ocurrió en una de mis primeras sesiones con LSD, cuando todavía vivía en Praga. Había pasado las primeras cuatro horas de la sesión en el canal del parto, reviviendo el trauma de mi nacimiento. Mientras es-

taba emergiendo del canal del parto todo magullado, cubierto de sangre y con el sabor de las secreciones vaginales en la boca, tuve una terrorífica visión de Kali, la diosa hindú, y sentí que me rendía completa e incondicionalmente al poder del principio femenino del Universo. En ese momento, vi la gigantesca figura de Bhairava, Shiva en su aspecto de Destructor, que descollaba sobre mí. Me sentí triturado por su pie y untado como un trozo de excremento sobre lo que parecía ser el fondo más profundo del universo. Era una aniquilación total de la que entonces consideraba mi identidad, una muerte que hacía pedazos mi cuerpo y mi ego. Pero, una vez que me convertí en nada, me convertí en todo. Tuve la sensación de disolverme en el manantial de una luz de indescriptible intensidad y exquisita belleza. Me di cuenta de estar experimentando la que, en las antiguas escrituras indias, era llamada la unión de Atman y Brahman.

El segundo encuentro con Shiva ocurrió muchos años después, en el territorio desolado de Ventana, en Big Sur. En el transcurso de una sesión nocturna de LSD que se llevó a cabo cerca de una cascada en un pequeño valle con árboles de secoyas, tuve la visión de un gigantesco río arquetípico que representaba el Tiempo y la transitoriedad de toda la creación. Fluía hacia atrás en el interior de la que parecía ser la fuente de toda la existencia: una enorme pelota de energía radiante que era consciente, poseía infinita inteligencia y era simultáneamente creadora y destructora. Oí un sonido irresistible y supe de inmediato que era dambaru, el tambor de Shiva Bhairava, el Destructor, que ordenaba a toda la creación volver al lugar de donde había salido.

La historia del Universo y de la Tierra estaba pasando delante de mis ojos. Como en una película increíblemente acelerada, vi el nacimiento, el desarrollo y la muerte de las galaxias y de las estrellas. Observé el inicio, la evolución y la extinción de las especies y fui testigo de culturas y dinastías que tenían un principio, florecían y se enfrentaban a la destrucción. La secuencia más memorable de esta sesión fue la procesión de dinosaurios de toda forma y dimensión que entraban, tras millones de años de existencia, en el Río del Tiempo y allí desaparecían. La enorme figura de Shiva Nataraja, el Señor de la Danza Cósmica, ejecutaba la danza del Universo y atravesaba la escena como un magnífico holograma. Después de levantarse el sol, cuando mi atención se distrajo de mi mundo interior para dirigirse a la increíble belleza de la naturaleza que me rodeaba, oí durante muchas horas el canto irresistible y seductor: «Om, hare Om, hare Om, Shri Om» que había oído durante toda aquella inolvidable experiencia, casi como si fuera el estribillo del Río del Tiempo.

Acababa de explicar a Christina estas dos experiencias que habían transformado mi vida, cuando llegó el momento de nuestro darshan. Cuando entré con ella en la habitación y vi a Swami Muktananda, me quedé impresionado por su extraordinario aspecto. Llevaba un grueso gorro rojo de esquiar, grandes gafas oscuras y una túnica de color naranja. En su mano derecha sostenía una varita de plumas de pavo que (como luego llegué a saber) estaba intensamente perfumada con esencia de madera de sándalo. Golpear la cabeza de la gente con las plumas de pavo era uno de los medios principales para transmitir el shaktipat.

Baba, como lo llamaban sus seguidores, me invitó a sentarme cerca de él y volvió la cabeza hacia mí. Luego se quitó las gafas oscuras (cosa que hacía raramente) y empezó a inspeccionar mi rostro. Vi un primer plano de sus pupilas enormemente dilatadas que parecían fluctuar libremente en los bulbos de los ojos, hecho que solía constatar en los pacientes que habían tomado altas dosis de LSD. Concentró su mirada en mis ojos, examinándolos con la meticulosidad de un oftalmólogo. Como si estuviera haciendo una síntesis de sus observaciones profesionales, de repente pronunció una frase que me dio escalofríos: «Puedo decir que tú eres un hombre que ha visto a Shiva».

Me quedé sorprendido por esta extraña sincronicidad. La afirmación de Muktananda llegaba sólo pocos minutos después de que hubiera explicado a Christina mis experiencias de Shiva y su importancia en mi vida. Era absolutamente imposible que Muktananda conociera este hecho basándose en canales de información ordinarios. También era difícil imaginar que se tratara de una simple coincidencia. La probabilidad que algo tan específico fuera resultado del azar era tan pequeña que podía ser prácticamente desechada. Sólo conseguía ver dos posibles explicaciones de lo que acababa de ocurrir. O Swami Muktananda tenía un acceso «paranormal» a las informaciones o era parte de un campo que favorecía sincronicidades significativas, en el sentido junguiano del término.

Mi curiosidad con respecto a Muktananda y mi interés en charlar con él se incrementaron considerablemente. Tras aquella primera «apertura», nuestro intercambio pareció decepcionante, aunque el tema de la conversación me resultara interesante desde el punto de vista profesional. Muktananda sabía que había trabajado con LSD y empezó a hablar sobre el uso de sustancias psicoactivas en la práctica espiritual. Expresó la convicción que las experiencias inducidas por estas sustancias estuvieran estrechamente relacionadas con aquellas buscadas en el Siddha Yoga.

«Me consta que has trabajado con LSD», dijo mediante su intérprete, una joven mujer india a la que muchos años después designó como su sucesora con el nombre de Swami Chitvilasananda. «Nosotros aquí hacemos algo por el estilo. Pero la diferencia consiste en que en el Siddha Yoga enseñamos a la gente no sólo a ir hacia arriba, sino también a permanecer allí», declaró, seguro de sí mismo. «Con el LSD se pueden tener grandes experiencias, pero luego se vuelve a bajar. En India hay muchos buscadores espirituales serios, yogi y brahmanes, que utilizan las plantas sagradas en su práctica espiritual», siguió diciendo Swami Muktananda, «pero no saben cómo hacerlo de forma correcta».

Empezó luego a hablar de la necesidad de una aproximación ritual respetuosa para con el cultivo, la preparación, el acto de fumar y la ingestión del cáñamo indio (*Cannabis indica*) bajo la forma de bhang, ganja, o charas, y criticó el uso casual e irreverente de marihuana y hashish por parte de las jóvenes generaciones de Occidente.

«Los yoguis cultivan, recolectan y elaboran la planta con gran consciencia y devoción», dijo. «Primero la dejan en remojo en agua durante catorce días para purificarla de todos los ingredientes tóxicos, y luego la secan. La ponen en un chilam (una pipa especial) y la fuman. Luego yacen desnudos en éxtasis sobre la nieve y el

hielo del Himalaya». Mientras hablaba de fumar con el chilam y del éxtasis de los yogi, Baba adoptaba expresiones, movimientos y posiciones como si estuviera viviendo dichas experiencias.

En el transcurso de la conversación, pedí a Baba informaciones sobre el *soma*, la poción sagrada de la antigua India que se cita más de mil veces en el *Rig Veda* y que ha desempeñado un papel crucial en la religión védica. Este símbolo sagrado se preparaba con una planta que tenía el mismo nombre, cuya identidad se perdió con el correr de los siglos. Había quedado fascinado por los relatos que atañían al soma y esperaba que Swami Muktananda tuviera conocimientos que llevaran a su identificación botánica y a aislar su principio activo. Descubrir el secreto del soma era en aquella época el sueño de muchos de nosotros, comprometidos en la investigación psiquedélica.

Hablando del soma, Muktananda desechó la hipótesis, mantenida por el micólogo Gordon Wasson, que la planta fuese el hongo *Amanita muscaria*. Me aseguró que no se trataba de un hongo, sino de una planta trepadora, lo que no me sorprendió demasiado puesto que otro importante elemento de la farmacopea psiquedélica era el ololiuqui, el «sacramento» mesoamericano. Se trata de un preparado que contiene semillas de la *Ipomea violacea*, que podría considerarse una planta trepadora ya que crece con la ayuda de zarcillos.

Pero lo que siguió fue para mí una gran sorpresa: Baba no sólo sabía lo que era el soma, sino que me aseguró que todavía en la actualidad se utilizaba en India. De hecho, afirmó tener contactos regulares con los sacerdotes que lo utilizaban en sus rituales. Y, por lo que decía, cada año algunos sacerdotes iban desde las montañas hasta Ganeshpuri, la pequeña aldea al sur de Bombay donde estaba su ashram, para celebrar su cumpleaños y, en esa ocasión, siempre se oficiaba la ceremonia del soma. Al final de la entrevista, Baba nos invitó a Christina y a mí a visitar su ashram el día de su cumpleaños y prometió impartir instrucciones para que pudiéramos participar en este antiguo ritual.

Parecía que el darshan se hubiese transformado en un intercambio de informaciones, casi profesionales, sobre las «tecnologías de lo sagrado», pero repentinamente la situación dio un giro inesperado. Sin previo aviso, Muktananda extendió bruscamente la mano para coger una caja de dulces que estaba a su lado, sobre la mesita. En el ashram siempre había dulces esparcidos por doquier, pues Baba había explicado que Shakti, la divina energía femenina, tenía una gran afinidad con las golosinas, y el bar abundaba en cajas de todo tipo. Muktananda sacó de la caja dos pastitas, las desenvolvió con gran habilidad y me las puso en la boca abofeteándome las mejillas con bastante violencia; luego me golpeó en la frente y me dio una patada en las espinillas.

Acto seguido se levantó, dándome a entender que el *darshan* había terminado. En la puerta, cuando estábamos a punto de salir, nos miró y dijo: «Tendremos dos retiros intensivos de fin de semana sobre shivaismo de Kashmir; ambos estáis invitados como huéspedes míos». Antes de que abandonara la habitación, me miró intencionadamente y dijo: «Para ti resultará muy interesante». En aquella época no sabía nada

sobre shivaismo: por el nombre sólo podía deducir que tenía algo que ver con Shiva. Dimos las gracias a Muktananda, nos saludamos y salimos de la habitación del darshan para entrar en la espaciosa sala del ashram destinada a la meditación.

Fuera había un gran gentío que esperaba vernos salir. En su gran mayoría, parecían personas que habían llegado al Siddha Yoga por sus experiencias psiquedélicas. Sospechando que mi conversación con Muktananda había versado sobre las sustancias psiquedélicas, querían saber si el guru había dicho algo al respecto. Por consiguiente, tuve que pasar a través del fuego cruzado de preguntas del tipo: «¿De qué habéis hablado? ¿Baba ha dicho algo sobre el ácido? ¿Ha dicho que se pueden utilizar las sustancias psiquedélicas?»

No me apetecía nada ser sociable y era consciente de algunas sensaciones extrañas en mi cuerpo, como si algo estuviera rebullendo en mi cabeza. Disculpándome, me liberé del gentío y me dirigí a la parte más alejada de la sala de meditación. Allí me senté con las piernas cruzadas, la espalda apoyada contra la pared y los ojos cerrados. Sentí que era la mejor manera para hacerme una idea de lo que estaba pasando dentro de mí.

Los yoguis Siddha gozaban de la reputación de poder despertar, con el shaktipat, la energía psíquica interior, y yo «sabía» que lo que Muktananda había hecho conmigo era, con toda probabilidad, precisamente esto. Sin embargo, no esperaba ninguna reacción significativa, puesto que no me consideraba particularmente sugestionable. En aquella época estaba convencido de que nada, excepto una sustancia fuertemente psicoactiva, pudiese cambiar significativamente mi conciencia. Y por lo que había leído y escuchado de Christina, sabía que una respuesta típica al shaktipat suponía las kriya: emociones intensas, sonidos involuntarios y fuertes reacciones motrices. Mi reacción me cogió por sorpresa.

Pocos segundos después de haber cerrado los ojos, me encontré en un estado de nada absoluta, en un vacío que tenía dimensiones cósmicas. Para describirlo, podría decir que me sentí como suspendido en un espacio interestelar, un lugar a mitad camino entre la Tierra y Alpha Centauro. Pero éste era solamente un aspecto muy superficial de la experiencia y no incluía el sentimiento de profunda paz y tranquilidad de esta situación y las extraordinarias intuiciones metafísicas que estaban asociadas con ella. Experimenté encontrarme en un estado que trascendía todas las polaridades, con una comprensión total de la existencia. Parecía que este vacío cósmico, de alguna manera, contuviera el secreto del ser y de la creación. Cuando volví a abrir los ojos, descubrí que había pasado más de una hora desde el final del darshan.

Aceptamos con placer la invitación de Baba a los retiros intensivos sobre el shivaismo de Kashmir: Christina por devoción hacia su guru, yo debido a la curiosidad despertada por la peculiar sincronicidad y por mi extraña experiencia. Mi primer retiro intensivo se reveló como otra experiencia sorprendente y muy interesante. Empezó con una charla introductoria sobre shivaismo a cargo de Swami Tejo, un miembro del grupo de Muktananda. Cuando empezó a hablar, me empecé a sentir cada vez más confuso y ligeramente paranoico: me parecía que estaba le-

yendo fragmentos de un artículo que había escrito y publicado unos cuantos años antes en uno de los últimos números de una revista que tuvo una breve vida, el *Journal for the Study of Consciousness*. La semejanza era sorprendente e incluía imágenes y metáforas particulares.

Hacia finales de los años sesenta, cuando todavía trabajaba en el Centro de Investigaciones Psiquiátricas de Maryland, había decidido escribir un ensayo sobre intuiciones cosmológicas y ontológicas que se vuelven accesibles en los estados no ordinarios de conciencia. El ensayo se fundamentaba sobre las observaciones de cinco mil sesiones psiquedélicas que mis colegas y yo habíamos dirigido en Praga y en Baltimore. Había resumido las partes que afrontaban algunos problemas fundamentales de la existencia: la naturaleza de la realidad, el misterio del principio creativo del cosmos, el proceso de la creación del Universo, la relación entre lo humano y lo divino, el papel del mal en el tejido del Universo, la reencarnación y el karma, el enigma del tiempo y del espacio, y otros argumentos similares.

Con mi gran sorpresa, descubrí que las intuiciones metafísicas de mis pacientes eran extraordinariamente parecidas entre ellas y constituían distintos aspectos parciales de una visión cósmica global. La extraordinaria visión del cosmos y de la existencia humana que emergía de este análisis era radicalmente distinta de la de la ciencia materialista formulado por Newton y Descartes. Sin embargo, tenía una sorprendente semejanza con los distintos sistemas espirituales a los que Aldous Huxley se refería como «filosofía perenne».

Muchos aspectos de esta visión mostraban también una impresionante convergencia con la visión del mundo presentada por la física cuántica y por la teoría de la relatividad y con otras revolucionarias conquistas de la ciencia moderna, a las que normalmente nos referimos como el «nuevo» o el «Paradigma emergente».

El artículo que presentaba mis descubrimientos, titulado *LSD and the Cosmic Game: Outline of Psychedelic Cosmology and Ontology*, había sido publicado en 1972, tres años antes del retiro intensivo de Oakland. Veintiséis años después, este artículo se convirtió en la base para mi libro *The Cosmic Game: Explorations of the Frontiers of Human Consciousness*.

Durante su charla introductoria, tuve la impresión de que Swami Tejo estaba plagiando mis ideas sin ningún pudor. Tuvo que pasar un tiempo hasta que me diera cuenta de que, en realidad, estaba presentando el shivaismo del Kashmir y no fragmentos de mi ensayo. Resultaba verdaderamente asombroso, ya que más de miles de años y de kilómetros separaban los orígenes de esta filosofía oriental de las intuiciones de mis pacientes. Los inicios del shivaismo pueden hallarse en siglo VIII, cuando un sabio de Kashmir tuvo una visión que lo dirigió a un lugar espectral fuera de Shrinagar, la capital del país. Allí encontró unas inscripciones sagradas escritas en la roca, que más tarde se convertirían en los *Shiva-Sutra*, el principal texto sagrado del shivaismo de Kashmir. Nadie sabe quién fue el autor y durante cuánto tiempo la inscripción permaneció allí antes de ser descubierta.

Resultaba difícil creer que experiencias vividas por personas del siglo XX, procedentes del centro de Europa, de origen eslavo o judío, americanos y afroameri-

canos que habían ingerido LSD-25, pudiesen tener profundas semejanzas con lo que está escrito en antiguos textos de Kashmir. ¿Cuál era la relación entre los efectos de una sustancia psicoactiva semisintética, descubierta por azar por un químico suizo, y las intuiciones filosóficas descritas en las escrituras de una antigua disciplina espiritual? ¿Y cómo explicar el hecho que éstas no eran productos erráticos y delirantes de la psique de algunos individuos, sino que asumían la forma de una visión cósmica compartida, coherente, bien estructurada y que lo incluye todo?

Necesité tiempo para llegar a la solución de este rompecabezas pero, una vez encontrada, la respuesta me pareció casi obvia. La LSD no era una sustancia farmacológica que inducía experiencias particulares al interactuar con los procesos neurofisiológicos del cerebro: la extraordinaria sustancia era un catalizador de las dinámicas profundas de la psique humana. Las experiencias que provocaba no eran elaboraciones neuroquímicas, síntomas de una psicosis tóxica, como las llamaban los psiquiatras tradicionales, sino auténticas manifestaciones de la misma psique del hombre. Estas experiencias podían entonces ser desencadenadas naturalmente por muchos otros enfoques, incluyendo las distintas «tecnologías de lo sagrado» desarrolladas por las disciplinas espirituales orientales.

La amistad con Swami Muktananda siguió hasta su muerte, acaecida siete años después, y fue una parte importante de nuestra vida: Christina y yo lo vimos en muchos otros darshan personales y participamos en numerosas meditaciones de Siddha Yoga y en retiros intensivos, en distintas partes del mundo. Durante esos años tuve variadas ocasiones de comparar las experiencias espontáneas de los que habían recibido *shaktipat* con aquellas inducidas por sustancias psiquedélicas y pude confirmar las notables semejanzas.

Al cabo de poco tiempo de mi encuentro con Baba, Christina y yo empezamos a desarrollar los ejercicios de respiración holotrópica, un poderoso método no farmacológico de terapia y autoexploración. Con este enfoque se inducen estados no ordinarios de conciencia mediante métodos simples y naturales: respiración acelerada, música evocativa y la liberación de energías bloqueadas gracias a ejercicios corporales específicos. Las experiencias provocadas por este enfoque pueden ser muy potentes, y se asemejan tanto a los estados inducidos por sustancias psiquedélicas como a los descritos por el shivaísmo de Kashmir. Representan, por lo tanto, una prueba más de que los fenómenos inducidos por la LSD y otras sustancias similares no son consecuencias químicas, sino genuinas expresiones de la psique humana.

Nuestra relación con Swami Muktananda se hizo más profunda y se intensificó en los últimos años de su vida. Durante un darshan tras la conferencia de la ITA¹ de Danvers, en Massachussets, Muktananda sugirió mantener una de las siguientes reuniones en India y nos ofreció su apoyo personal al mismo tiempo que la ayuda de sus colaboradores y del ashram de Ganeshpuri. La conferencia se llevó a cabo en el Oberoi Hotel en Bombay, en febrero de 1982, algunos meses antes de

¹ ITA: Internacional Transpersonal Association (Asociación Transpersonal Internacional).

la muerte de Baba: se le puso el título de «Ancient Wisdom and Modern Science» (Sabiduría antigua y ciencia moderna) y ofreció la oportunidad de un intercambio entre científicos del nuevo paradigma y maestros espirituales.

El programa tenía huéspedes ilustres: el estudioso del cerebro Kart Pribram, el físico Frijof Capra, el biólogo Rupert Sheldrake, la terapeuta de la familia Virginia Satir, los neurofisiólogos Elmer y Alyce Green, el experto de desarrollo infantil Joseph Chilton Pearce, y muchos otros científicos. El mundo del espíritu estaba representado por Swami Muktananda, la Madre Teresa de Calcuta, el sacerdote Dastoor Minocheer Homji, el sufí turco Sheik Muzafer Ozak Al-Jerrahi, el maestro taoísta Chungliang Al Huang, el especialista en Aurobindo Karan Singh, el monje benedictino padre Bede Griffith, los rabinos Zalman Schachter y Shlomo Carlebach. Los momentos sobresalientes del programa cultural fueron la velada de danzas jasídicas, el zikr sufí de los derviches Jerrani-Halveti, el músico Paul Horn y Alarmel Valli, estrella naciente de la danza clásica india. El encuentro tuvo un éxito enorme a pesar de las ausencias del Dalai Lama, que no pudo pronunciar el discurso de apertura porque se puso enfermo en el camino desde Dharamsala a Bombay, y del Karmapa, que había muerto pocos meses antes de la conferencia y, por lo tanto, no pudo concluir, tal como había prometido, el encuentro con la ceremonia de la Corona Negra.

Al día siguiente a la conferencia, Baba invitó a los setecientos participantes a su ashram a Ganeshpuri para la *bandara*, una fiesta tradicional india: fue ésta su última aparición en público. Cuando el encuentro terminó, se retiró a su apartamento, donde pasó gran parte de su tiempo en silencio para preparar gradualmente su deceso y la transmisión del linaje Siddha. Christina y yo hicimos un peregrinaje a lugares sagrados de India, para luego volver a Ganeshpuri para pasar nuestras últimas dos semanas con Baba. Él aparecía dos veces al día en el patio enlosado de mármol y permanecía sentado en silencio, mientras los residentes del ashram y los visitantes le rendían homenaje y le ofrecían regalos.

Todo parecía indicar que no tendríamos la oportunidad de hablar con él o de verlo en privado. Inesperadamente, dos días antes de nuestra partida, Noni, el asistente personal de Baba, nos comunicó que el guru quería vernos en la sala de meditación, el «corazón espiritual» del ashram, construido alrededor del lugar donde Siddha yogi Nityananda, guru de Muktananda, había vivido. El lugar estaba señalado por la piel de un gran tigre, el animal sagrado de Shiva. Una de las puertas conducía a la habitación de Baba y la otra, a una escalera que llevaba bajo tierra a la Gruta del tigre. Otro lugar favorito para la meditación.

Christina y yo llegamos a la oscura sala de meditación a la hora establecida y nos sentamos sobre la gran piel de tigre. Estábamos en meditación desde hacía cinco minutos cuando Baba entró silenciosamente y, sin mediar palabras, se acercó a Christina y le apretó los bulbos de los ojos durante alrededor de quince-veinte segundos. Luego hizo lo mismo conmigo: noté que sus pulgares investigaban tan a fondo en mis ojos que tuve la impresión de que tocaban la retina.

Experimenté un dolor indescriptible y una presión tal en la cabeza que tuve que controlar el impulso de interrumpir su gesto. Tuve la sensación de que nadie,

ni siquiera un guru Siddha, tenía el permiso para hacer con mis ojos lo que Muktananda estaba haciendo. Pero la curiosidad me ganó y me dije a mí mismo: «Es muy interesante, aguanta». Y así lo hice.

La presión creció hasta llegar a una intensidad intolerable, hasta que mi cabeza explotó en el interior de una luz brillante que, poco a poco, se transformó en la visión de un cielo lleno de estrellas. Experimenté un éxtasis de proporciones cósmicas que concluyó con la sensación de un estado de feliz vacuidad, similar a la que había experimentado cuando recibí por primera vez el shaktipat de Muktananda. En términos de intensidad, esta experiencia podía ser comparada a la de las sesiones psikedélicas con altas dosis, pero tuvo una duración menor. Las experiencias de Christina fueron igualmente poderosas, pero siguieron durante toda la noche. Le trajeron a la memoria los abusos que había sufrido a cargo de varias figuras masculinas durante su vida. Sentí que se había puesto en marcha una importante operación de eliminación y de curación de antiguos traumas.

Al día siguiente, Noni nos trajo el mensaje de que Baba quería vernos en la sala de meditación a la misma hora para el «segundo round», como lo llamó. Esta vez repitió el mismo procedimiento de la presión de los glóbulos, pero añadió otro elemento: apretó su frente, decorada por rayas horizontales de color gris pálido (el signo de Shiva) contra nuestras frentes y, con fuerza, sopló aire en nuestros orificios nasales. Esta vez, la experiencia resultante fue muy positiva para ambos. La mañana de nuestro último día en el ashram, poco antes de nuestra partida, Baba, inesperadamente, nos invitó a sus habitaciones privadas para un darshan. Como posteriormente deduje, ésta quería ser su despedida.

Al principio del encuentro, nos ofreció a ambos un chal para la meditación y una bonita piedra de amatista oscura. Luego rompió el silencio y nos dijo que tendríamos que engastar las amatistas en oro y hacer unos anillos. Insistió en que era muy importante que lleváramos siempre estos anillos. Cuando estábamos a punto de despedirnos, Baba nos sorprendió con una frase enigmática: «¡Volved a casa y seguid trabajando con la gente! Yo os ayudaré. ¡Vosotros estáis haciendo mi trabajo!», y nos hizo una señal para que saliéramos. Ésta fue la última vez que vimos a Baba.

A menudo, los fieles tratan de explicar los escándalos que se producen alrededor de sus gurus diciendo que una gran luz proyecta una gran sombra y que dichos problemas son originados por las fuerzas oscuras que luchan contra la iluminación. La luz de Swami Muktananda tuvo que ser muy brillante, puesto que su sombra fue grande y oscura. Sus últimos días estuvieron manchados por habladurías con respecto a sus abusos sexuales con jóvenes muchachas. Algunos de sus devotos, considerando estos hechos como una mancha imperdonable por parte de su guru, abandonaron el movimiento. Otros decidieron no creer en las habladurías o intentaron disculpar tales comportamientos considerándolos como una forma avanzada de práctica tántrica, aceptable en la cultura de India, pero no comprendida en Occidente.

Tras la muerte de Muktananda, la situación se volvió todavía más confusa a causa de la profunda desavenencia entre Chitvilasananda y Nityananda, los dos hermanos que habían recibido la transmisión del linaje de Siddha Yoga. Las desa-

gradables intrigas fueron publicadas por la prensa india y americana y acrecentaron la fisura que ya existía en el Siddha Yoga, tanto en India como en el grupo de seguidores en todo el mundo que, según algunas estimaciones, superaba las cien mil personas.

Christina y yo visitamos el ashram de Ganeshpuri dos veces más, pero la magia de los viejos tiempos había desaparecido. Nos separamos del grupo y de sus politicos, pero seguimos vinculados al movimiento Siddha. Baba siguió apareciendo en nuestros sueños y durante estados no ordinarios de conciencia. Asimismo, participamos distintas veces en los poderosos rituales Siddha, donde experimentamos una fuerte conexión con la que llamamos la «energía de Shiva».